

CONALI INFORMA

APUNTES SOBRE EL ORIGEN DE LA FIESTA DE NAVIDAD

Los orígenes de una verdadera y propia celebración litúrgica de la Navidad se remontan a tiempos bastantes lejanos; parecieran estar en una primitiva memoria en la misma gruta donde Jesús nació, en Belén. La gruta, venerada por los cristianos, especialmente aquellos venidos de la circuncisión, fue profanada pero no destruida por los romanos; en el año 135 el emperador Adriano dispuso que fuera recubierta por un bosquecillo sagrado e implantó el culto de Adón. Justino, originario de Palestina, habla de la gruta en la que nació Jesús en su diálogo con Trifón. Y Orígenes afirma a Celso: "se muestra en Belén la gruta que nació Jesús. Todos lo saben en el país".

Según la hipótesis de un especialista judeo-cristianismo, el franciscano E. Testa, los primeros cristianos de Palestina revivían el acontecimiento del nacimiento del Señor en el mismo lugar donde se había realizado. En efecto, para los judeocristianos de Palestina, especialmente los ortodoxos llamados nazarenos, la

celebración de la Navidad no era un simple recuerdo histórico, sino la ritualización de uno de los misterios salvíficos de Cristo, con sus bajadas y subidas a través de la escala cósmica, uno de los símbolos y signos preferidos de los cristianos primitivos para designar la Encarnación.

En el siglo III la gruta de Belén fue restituida a los cristianos. Sobre ella, santa Elena hizo construir la basílica de la Natividad en el año 326; el altar se colocó en el piso superior, exactamente sobre la gruta, en una rendija que permitía contemplar el lugar donde nació el Señor.

A finales del siglo IV, según el testimonio de la virgen peregrina Egeria, en los primeros días de enero se celebraba una solemne vigilia en la gruta de la Natividad, pero como fiesta de la Epifanía o manifestación del Señor. La gruta estaba adornada con gran esplendor; de ella se partía hacia Jerusalén, donde tenía lugar la sinaxis eucarística. La fiesta se prolongaba durante ocho días. Cuarenta días más tarde, según el

cómputo evangélico, se celebraba en Jerusalén la fiesta de la Presentación del Señor al templo.

Estas fiestas, en este lugar, vividas y contadas por los peregrinos de Jerusalén, fueron motivo válido para trasladar a otras iglesias la celebración nocturna de Navidad, y se implementaría por su evocación sugestiva allá donde, como en Roma, esta celebración había surgido por otros motivos históricos y celebrativos.

Mientras en toda la Iglesia de Oriente y en parte de la de Occidente, en el siglo IV era común la celebración de la Epifanía del Señor el 6 de enero, en Roma encontramos hacia la mitad de ese siglo una novedad: la fiesta del 25 de diciembre, en honor del nacimiento del Señor.

En el cronógrafo romano, un hermoso calendario casi de lujo compuesto hacia el 354 por Furio Dionisio Filócalo, están recogidas las fechas de las deposiciones de los mártires y de la entronización de los obispos, con noticias acerca de los papas romanos que se remontan hasta el año 136. En este calendario, en la fecha del 25 de diciembre encontramos la siguiente inscripción, del día que corresponde al *Natalis solis invicti*: "VIII Kalendas Ianuarii. Natus Christus in Betlehem Iudeae": *25 de diciembre. Nace Cristo en Belén de Judá.*

De esta sencilla indicación se deduce, según la hipótesis más seguras de los especialistas, que los cristianos de Roma, en los primeros decenios del siglo IV, habían fijado en la fiesta civil romana del Sol Invicto, el 25 de diciembre, la conmemoración de la Natividad del Señor. Era una fiesta

semejante a la de la luz, de Oriente, que se celebraba el 6 de enero y era muy popular entre el pueblo romano; evocaba la victoria del sol sobre las tinieblas, al inicio del solsticio del invierno, precisamente en Roma, donde el templo del sol tenía su sede en los alrededores del Campo Marzio. Esta fiesta parece que fue impuesta en los años 270 – 275 por el emperador Aureliano. El emperador Constantino era devoto de esta solemnidad pagana y Juliano el Apóstata la restableció en el año 335. Los cristianos de Roma tuvieron la audacia, como en otros casos de inculturación litúrgica, de cristianizar una fiesta civil romana, aplicando al nacimiento de Jesús el sentido simbólico del nacimiento del sol en el solsticio de invierno: Cristo es el verdadero sol de justicia, sol que nace de lo alto, luz que vence a las tinieblas. Existían, sin duda, algunas razones simbólicas para hacer esta sustitución. El tema del sol es típico de la teología misteriosa cristiana y de la iconografía, como se desprende de la imagen de Cristo-Sol en un carro, que se puede ver en las grutas vaticanas. Los padres de la Iglesia atribuyeron una gran importancia a esta teología de Cristo-Luz.

Pero enseguida surge la pregunta, ¿cómo es que ha sido fijada la fecha del nacimiento del Señor el 25 de diciembre, cuando los Evangelios no dicen nada concreto al respecto? La respuesta no es fácil. Cómputos fantásticos de los primeros siglos fijaban en la fecha del 25 de marzo una serie de hechos coincidentes de la historia de salvación: era el día del inicio de la creación, de la

Encarnación del Verbo y de la muerte de Jesús en cruz. Contando con exactitud los nueve meses del embarazo de María, una vez que se aceptó la fecha del 25 de marzo como fecha de la Encarnación, se llegó al 25 de diciembre como día del nacimiento de Jesús.

La profundización doctrinal realizada en los grandes Concilios de Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia sobre el misterio de la Encarnación, de la divinidad y humanidad de Cristo, así como de la maternidad divina de María, ofrecieron a esta fiesta la posibilidad de un gran desarrollo ideológico y celebrativo. Le dio una importancia fundamental el papa san León Magno en sus sermones natalicios, que pasaron a fórmulas densas de contenido en muchos textos del Sacramentario Veronense, que refleja la liturgia romana papal de los siglos V y VI. Este importante texto litúrgico contiene, entre otras cosas, ocho formularios para la misa de Navidad.

En el siglo VI la fiesta se enriqueció en Roma con la celebración de varias misas. La primera era la misa estacional en la Basílica de San Pedro, quizás porque es el lugar que recordaba la transformación de la fiesta pagana en fiesta cristiana. Después se introdujo una misa nocturna, a media noche, en la Basílica de Santa María la Mayor, que los presbíteros de San Pedro en el Vaticano aceptaron de mala gana. Se quiso así imitar la celebración nocturna que se realizaba en Belén, descrita por la peregrina Egeria, plenamente integrada en la religiosidad del pueblo. Navidad sería

celebrada como Pascua, con una vigilia nocturna que tendría luego gran arraigo en el pueblo fiel. En algunos lugares, como en la Galia, se celebraban también, en esa ocasión, los bautismos.

La Basílica de Santa María la Mayor, lugar de la primitiva celebración nocturna romana, se llamaba primitivamente Santa María "ad praesepe Domini". Fue erigida como una imitación de la Basílica de la Natividad en Belén. Según la tradición, san Jerónimo trasladó allí algunas reliquias del primitivo pesebre de Belén. El Papa Sixto III, en el año 432, un año después del Concilio de Éfeso, mandó reconstruirla con mayor esplendor como homenaje a la maternidad divina de María y la dedicó al pueblo de Dios, como consta en la inscripción que se lee en el arco de triunfo: "Xistus Episcopus plebi Dei". Hizo adornar la nueva Basílica con preciosos mosaicos, que hasta el día de hoy pueden admirarse en el arco de triunfo primitivo. Estos mosaicos constituyen un monumento doctrinal y litúrgico al misterio de la Navidad del Señor. Representan los episodios de los evangelios de la infancia: anunciación, nacimiento, adoración de los magos, matanza de los inocentes, presentación del Señor, sueño de José y fuga a Egipto.

CONALI, diciembre de 2008.